

Recordando a René

Ignacio Trejo Fuentes

El pasado día 9 de octubre falleció en la Ciudad de México el escritor, maestro y promotor cultural René Avilés Fabila. Personaje polémico y crítico de las letras mexicanas, el autor de Tantadel y La canción de Odette deja una obra amplia, inquisitiva y audaz que despierta el interés de las generaciones más jóvenes de lectores, como señalan nuestros colaboradores Ignacio Trejo Fuentes, Mario Saavedra y Guillermo Vega Zaragoza.

En los años setenta, René Avilés acababa de volver de París, donde realizó un posgrado (en la Sorbona), y se hizo profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fue director de mi tesis de licenciatura, una investigación sobre la crítica literaria. Desde entonces nos hicimos amigos y fui colaborador suyo en suplementos y páginas de cultura que dirigió durante mucho tiempo. Lo que más me impresionó fue su inmensa capacidad de trabajo, que mantuvo hasta el último de sus días.

Además de escribir en periódicos y revistas cumplía con sus labores académicas y administrativas (fue funcionario cultural en nuestra Universidad, en el entonces Departamento del Distrito Federal y, hasta el tiempo de su fallecimiento, en la Universidad Autónoma Metropolitana, de la cual era profesor emérito), y escribía sus libros de ficción y memoriosos. De estos, aunque sea de manera muy concisa, es a lo que voy a referirme en los siguientes párrafos.

Puedo distinguir tres facetas principales en la literatura de RAF. Por un lado, los temas amorosos; por otro, lo fantástico; y por último, lo político.

René perteneció, en sus años de juventud, al Partido Comunista Mexicano y creo que su relación con perso-

najes como José Revueltas marcó su actitud rebelde que tantas enemistades habría de acarrearle: en sus artículos periodísticos y en sus libros tuvo la valentía de no callar sus opiniones, lo que entonces era heroico: hablar mal de funcionarios y políticos y artistas resultaba riesgoso por eso de la censura y las agresiones. Ahora eso es juego de niños, porque cualquier pobre diablo puede atacar e incluso ofender al mismo presidente sin que haya mayores consecuencias.

En 1967 publicó la novela *Los juegos*, en la cual, por medio de un sarcasmo feroz y divertido, se dedica a desenmascarar a los integrantes de la llamada Mafia, que controlaban editoriales, secciones culturales, suplementos y aun puestos públicos: quien no estuviera en ese grupo o cerca de él, prácticamente no existía. RAF oculta los verdaderos nombres de esos personajes, pero el lector avezado puede identificarlos sin dificultades. El libro provocó escándalo y empezó la animadversión contra el autor, que fue puesto de inmediato en la lista negra hecha por los poderosos. Por supuesto, la obra fue publicada con recursos de René y sus amigos: ningún editor se animó a asumir los riesgos. Más tarde las ediciones de *Los juegos* se sucedieron sin parar, lo que habla del impacto que el libro provocó.

Avilés Fabila siguió muy de cerca el Movimiento Estudiantil de 1968 y estuvo en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco aquella fatídica tarde/noche del 2 de octubre. De esa experiencia surgió *El gran solitario de Palacio* y, obviamente el personaje aludido en el título era el propio presidente de México. Los editores nacionales se dieron cuenta de los riesgos que eso implicaba y se negaron a publicar la novela, que por eso se dio a conocer en una editorial argentina. Por supuesto, mediante una recuperación de los sucesos, el autor hace una crítica demoledora de todos aquellos que desde distintos ámbitos reprimieron y masacraron a los estudiantes. Fue de las primeras obras en tratar el tema, y creo que es una de las mejores.

En 1972 apareció, ya bajo un sello editorial entonces popular, *Nueva utopía (y los guerrilleros)*, que es un híbrido de cuentos, semblanzas, notas periodísticas e intentos de ficción científica mediante los cuales el autor se propone exhibir los vicios del país que describe, y que no es otro que México. Prevaricación, torturas, secuestros, represión, impunidad, etcétera, y la presencia de grupos que quieren acabar con todo eso, específicamente los guerrilleros, hacen del libro un documento cantante, pero sobre todo humorístico, sello del escritor aun cuando aborda asuntos de lo más doloroso.

El segundo aspecto de la literatura de RAF que mencioné al principio es el amor. Novelas como *Tantadel* y libros de cuentos como *La lluvia no mata las flores* contienen historias románticas de varios niveles, desde las más edulcoradas a las más terribles: separación de los amantes, traiciones, aspiraciones nunca concretadas. En libros posteriores, digamos ya de madurez, René jamás dejó de atender esos asuntos, como en *Réquiem por un suicida*, *Recordanzas* y *Nuevas recordanzas*. Sin embargo, creo que su obra mayor en este sentido es *El libro de mi madre*, que no es ni cuento ni novela, sino una declaración de absoluto amor a Clementina Fabila, hecha a los pocos días del fallecimiento de la madre del autor. Todo lo que se cuenta es verídico: la relación entre ambos se afianzó con el paso del tiempo, porque ella asumió también el papel del padre ausente, e inculcó al pequeño el amor por los libros, la música y la dedicación al estudio (ella era profesora). Es un texto breve y profundamente sentimental, acaso de los más brillantes de su creador.

La literatura fantástica (el tercer apartado) atrajo a René desde sus primeros cuentos (*La desaparición de Hollywood*) y lo siguió durante toda su vida. Hizo bestiarios, historias de seres imaginarios y narraciones totalmente apegadas a esa especie literaria, la fantástica. Recuérdese que su sustancia es que un elemento extraño, inaprehensible, irrumpa en la cotidianidad y la transforme, la desquicie, sin que se le pueda dar explicación razonable. No tiene nada que ver con los relatos de horror (tipo Edgar Allan Poe) o con lo maravilloso (como



René Avilés Fabila

Andersen o los hermanos Grimm), y tal vez por eso resulte tan difícil y poco practicada en nuestro medio (recuerdo trabajos felices de Ignacio Solares). Avilés Fabila también escribió fábulas, siguiendo el modelo de los clásicos (Esopo) pero agregando el sarcasmo y su inseparable humor. Y resolvió bastante bien esos temas tan difíciles de manejar.

Para honrar la memoria de René, debo hacer mención de su generosidad, sobre todo de su apoyo irrestricto a los jóvenes. Desde sus misiones de funcionario cultural, desde la cátedra y de los medios que dirigió (el suplemento de *Excelsior*), los alentó, los hizo partícipes de sus intereses culturales, los apapachó. Y eso siempre se agradece.

Casi por último, quiero recordar que estableció la Fundación que lleva su nombre, y desde ahí promovió la literatura (publicaciones, conferencias, talleres, cursos) y creó el Museo del Escritor, único en el mundo, y que arrancó del mejor modo, porque sus colegas y amigos contribuyeron donando objetos personales y otros que habían heredado, como primeras ediciones de libros de autores célebres (Borges, Rulfo, Vargas Llosa, García Márquez...) debidamente autografiados, fotografías, máquinas de escribir, etcétera. Debido a que el espacio en la Fundación se hizo insuficiente, René buscó impetuoso, esperanzado, el apoyo de las instituciones culturales prominentes, de políticos y empresarios, pero sus esfuerzos fueron inútiles: nadie quiso reforzar el Museo, sin duda debido a que no sabían qué era eso y para qué servía. Esa fue una de las mayores frustraciones en la vida de este hombre orquesta, talentosísimo y generoso, vida que, por desgracia, acaba de hallar su último aliento.